

UNA LUZ DEL MÁS ALLÁ

Jean Carlos Martínez Culma¹

Hace mucho tiempo, cuando yo era un niño, vivía en una pequeña vereda llamada Valle sol, rodeada de exuberantes flores y mariposas que danzaban en el aire. Cada día era una aventura, jugábamos en el jardín hasta que el sol se ocultaba detrás de las majestuosas montañas, pintando el cielo con una paleta de colores infinitos. En aquellos tiempos felices y apacibles, nuestras preocupaciones se limitaban a divertirnos y explorar el vasto mundo que nos rodeaba.

Pero un día, algo extraordinario sucedió, cambiando mi vida para siempre. Un suceso que nadie más creyó, pero que yo sé con certeza que fue real.

Era una tarde soleada, mientras disfrutábamos de un animado juego de escondite en el jardín, cuando de repente, nuestros ojos fueron deslumbrados por una luz resplandeciente en el cielo. Era de luminosidad blanca y fosforescente que nos dejó momentáneamente cegados. Quedamos paralizados, sin saber qué estaba sucediendo. Lentamente, la luz se acercó, descendiendo hasta posarse suavemente en el suelo, justo frente a nosotros.

Inexplicablemente, de aquel resplandor emergieron seres diminutos y extraordinarios. Poseían cabellos puntiagudos, orejas alargadas y zapatos curvos. Sus rostros irradiaban ternura y simpatía, pero sus ojos revelaban misterios que desafiaban nuestra comprensión.

Nos miraron con curiosidad y comenzaron a hablar en un idioma desconocido. Apenas pudimos distinguir algunas palabras que se repetían una y otra vez: “¡Corre, huye!”. El miedo y la fascinación se mezclaron en nuestros corazones. ¿Quiénes eran aquellos seres? ¿De dónde venían? ¿Qué pretendían de nosotros? Nuestra curiosidad nos empujó a acercarnos lentamente, cautelosos ante lo desconocido. Observamos que llevaban en sus diminutas manos unas piedras preciosas de todos los colores, cuyo brillo rivalizaba con el sol. Con una sonrisa amistosa, nos ofrecieron las piedras como si desearan estrechar nuestra amistad. Sin embargo, existía una condición: debíamos seguirlos hacia la luz.

La belleza y el valor de las piedras ejercieron un poderoso atractivo sobre nosotros. Nos dejamos seducir por

¹Aprendiz Tecnoacademia

su resplandor y nos imaginamos las posibilidades que aquellas joyas podrían brindarnos. Sin embargo, los consejos sabios de nuestros padres resonaron en nuestras mentes: nunca confiar en extraños ni aceptar regalos de ellos. Con determinación, rechazamos la oferta, comunicándoles que no deseábamos sus piedras ni su luz. Nuestro deseo era permanecer en nuestro amado jardín, entre las flores y las mariposas que tanto amábamos.

La furia se apoderó de los seres diminutos. Nos lanzaron insultos y amenazas de hacernos daño. Un temor indescriptible se apoderó de nosotros, y en busca de protección, salimos corriendo hacia la casa. Mientras lo hacíamos, el sonido de una campana ubicada en el jardín resonó fuertemente. Era la campana que solíamos usar para llamar a nuestros padres cuando queríamos entrar a casa. El repique de la campana afectó a los seres más que a nosotros. Parecía que no soportaban los ruidos fuertes. Cubriéndose los oídos con las manos, corrieron apresuradamente hacia la luz, adentrándose en ella y desvaneciéndose ante nuestros ojos.

Una vez dentro de casa, emocionados y aturdidos, relatamos los acontecimientos a nuestros padres. Sin embargo, no nos creyeron. Pensaron que habíamos inventado aquella historia para eludir nuestras responsabilidades. Como castigo, nos negaron el postre y nos enviaron a dormir temprano. No obstante, yo sé que no fue un sueño, estoy seguro de que aquellos seres existieron y se manifestaron en nuestra

realidad. Mi convicción fue reafirmada años después por mi querido abuelo, quien me confesó haberlos visto también en su infancia. Según él, aquellos seres eran mágicos y provenían de un mundo desconocido, buscando niños para llevarlos consigo. A cambio de sus almas, les ofrecían piedras preciosas.

Mi abuelo los llamaba extraterrestres. Afirmó que tuve una suerte inmensa al escapar de ellos. Aseguró que nunca volvieron a aparecer. Sin embargo, siempre los tengo presentes en mi memoria. Siempre los recuerdo con añoranza. Me pregunto qué habría sucedido si hubiera aceptado su oferta.

¿Habría vislumbrado un mundo maravilloso, colmado de luces y colores deslumbrantes? ¿O habría perdido mi vida, mi familia y mi dicha? Jamás conoceré las respuestas. No obstante, siempre me atormentará la duda. Mantendré viva la curiosidad. Siempre portaré una luz del más allá en lo más profundo de mi corazón.

Y así, mi vida continuó en aquel hermoso lugar, rodeado de la belleza de la naturaleza. A medida que fui creciendo, la experiencia vivida en mi infancia se convirtió en una fuente de inspiración. Me impulsó a explorar el mundo científico, a indagar sobre las posibilidades infinitas del universo. Cada noche, mientras observaba las estrellas y los destellos del firmamento, me preguntaba si aquellos seres provenían de algún rincón lejano del cosmos.

Mi pasión por la ciencia me llevó a estudiar astrofísica y dedicarme a la búsqueda de vida extraterrestre. Me sumergí en la exploración espacial, participando en misiones científicas y colaborando con investigadores de todo el mundo. A lo largo de los años, tuve la oportunidad de descubrir mundos remotos y presenciar maravillas cósmicas que jamás imaginé. A pesar de mi dedicación a la ciencia, nunca olvidé el encuentro con aquellos seres diminutos. Me marcaron de una forma profunda, despertando en mí una insaciable curiosidad por lo desconocido. La posibilidad de que existan civilizaciones más avanzadas, esperando ser descubiertas en los confines del universo, se convirtió en una pasión que alimentó mi espíritu incansable.

A lo largo de mi vida, he tenido el privilegio de conocer a otros científicos y exploradores que compartían mi fascinación por lo extraterrestre. Juntos, hemos impulsado investigaciones y teorías revolucionarias, ampliando nuestros horizontes y desafiando los límites del conocimiento humano.

Aunque nunca pude desvelar el misterio de aquellos seres diminutos, he aprendido a vivir con la incertidumbre. Su encuentro marcó un punto de inflexión en mi vida, impulsándome a buscar respuestas en los confines del universo y a apreciar la belleza de nuestro propio planeta. Y así, mientras contemplo el atardecer en mi jardín, rodeado de flores y mariposas, siempre

llevaré conmigo una luz del más allá en mi corazón, alimentando mi eterna curiosidad por lo desconocido.

Y así, en el crepúsculo de mis días, siento gratitud por haber sido testigo de algo extraordinario en mi infancia. Ese encuentro mágico con lo desconocido me recordó que el universo está lleno de secretos y maravillas por descubrir. Siempre estaré abierto a las infinitas posibilidades que la vastedad del cosmos nos ofrece, esperando el día en que podamos dar la bienvenida a un contacto con una civilización extraterrestre y desvelar los enigmas que durante tanto tiempo han cautivado a la humanidad.

FIN

